"El día que arranca de noche ha llegado. Ese que hace más de cuatro siglos ya se celebraba en Crevillente"

bien cantando, que este día hay que hacer grande el coro de la Dolorosa.

MADRUGADA DE MIÉRCOLES A JUEVES SANTO, 21 DE ABRIL, 2:47 DE LA MAÑANA. PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN, PROCESIÓN DEL TRASLADO.



"Estoy tan cansada", le dice Pilar a Paco. 55 años de matrimonio, más los que fueron novios, repitiendo una tradición heredada de sus padres y que ya sus hijas continúan. Acompañar alumbrando al Cristo de la Victoria y a las Tres Marías es sólo para los que el jueves no madrugan. Resulta impresionante ver un reguero de luces entre azules y amarillas, que serpentean por las calles que separan la iglesia de la que antes llamaban ermita.



Más de un millar de personas participan en el traslado. Mucha gente mayor, como Pascual Pastor, que sigue marcando el paso de la Banda de Clarines de la Federación. Mucha gente joven y a unos 10 ó 12 pequeños. Algunos ya durmiendo en brazos de sus padres o en el carro. Otros, ligeramente despiertos gracias al curioso fuego que llevan entre sus manos.

Y en este momento hay plegarias y oraciones que se repiten en nuestras cabezas. No habrá momento en que desde Crevillent surjan a la vez tantas peticiones. "Los ángeles tienen que estar muy atareados apuntando", le explica con una sonrisa aquel abuelo que trataba de guiar a su nieto. "De veras que esto es vida, pequeño".

"Y durante el año pasa un día, luego otro, siete más, una semana. Y luego a las cuatro el mes. Y después de doce ya todo finaliza. Y el año se queda en un número de anhelado recuerdo. Y, mientras tanto, ojos, huesos, oídos, piel..., todo pierde por servir. Y lo único que crece en vez de morir, nuestro ser interno, desangelado lo dejamos en vez de cultivarlo"... Esas palabras del abuelo sólo resonaron en su cabeza. Entendía que ciertas enseñanzas era mejor aprenderlas por sí mismo, que de nada servía intentar "venderlas". Formaban parte de la vida, de la vida más plena, pero descubrirlo era cuestión de experiencia.

JUEVES SANTO, 21 DE ABRIL, 21 HORAS. ERMITA DE LA PURÍSIMA, VIA CRUCIS.

No hacía más que rebuscar algo mirando al suelo sin parar. Daba vueltas sobre sí mismo y al final su madre tuvo que llamarle la atención. Nadie podía imaginarse lo que con tanto empeño buscaba... «Si en El Calvario fue donde estaba clavada la Cruz en la que los romanos mataron a Cristo, ¿por qué no había dejado restos? ¿Y qué fue de los romanos?» A esas edades hay cosas absolutamente incomprensibles. Y tantas y tantas preguntas.

Un millar de personas acompaña hoy al crucificado en el Vía Crucis, un acto religioso y cada vez más popular, que este año alaba el amor de Dios a sus hijos. Catorce estaciones que antiguamente estaban plasmadas en capillas en el paseo donde acaba de llegar el cortejo. Catorce paradas para reflexionar, con el ejemplo de Jesús sobre nuestra propia vida que, cuando esta noche comienza, suele ser pausada, serena. Algo recoge nuestro cuerpo y lo parece preparar para la intensidad de mañana.

El Vía Crucis parte puntual, tras la celebración de la Última Cena de Jesús, desde la ermita de La Purísima. Decenas de familias arropan al Cristo del Perdón y de la Buena Muerte. Sus cofrades, que el Sábado Santo lo procesionarán sobre un reciente trono, son los encargados de la logística y organización del acto, demostrando una vez más su especial sensibilidad por la Semana Santa.

Entre numerosos crevillentinos de siempre, como la familia Mallebrera al completo, las hijas y nietos de Rosa y Luis el Félix, Nuria Candela y su madre Mari Carmen, o Rosa Guilabert con sus pequeñas, se une una curiosa zamorana. Curiosa y sorprendida, porque sabía de la existencia del acto, pero no conocía su espiritualidad. Admiradora en general de nuestras procesiones y con 40 años entre los crevillentinos, destacaba los actos más recogidos y austeros, frente a los vistosos y coloridos de mañana. Ya todo está más cerca. La jornada más esperada del año ya llega.

VIERNES SANTO, 22 DE ABRIL, MADRUGADA EN CREVILLENT.

DIANAS, ABRAZO Y SUBIDA AL CALVARIO.

«Nunca más sentiremos esta brisa matutina, ni sabrá

